EL NIDO DE LAS RATAS

Gilbert Arturo Rojas Rigaud

Capítulo 1

Don Elpidio ya está lejos de todo loque se puede conocer por modernidad. Era el clásico periodistaque retaba el poder de su mente haciendo sus entrevistas o reportajes sin lanecesidad de utilizar elementos deapoyo como la tan necesariagrabadora de bolsillo y ya para unnuevo plano, los modernos celulares..

Odiaba las computadoras, nunca pudoadaptarse a una. Prefería su antiguamáquina de escribir, decía que elsonido que ella pronunciaba cada vezque golpeaba una letra era la raíz quedaba paso a su inspiración, y quizás eraese el motivo que originaba la vida desus crónicas.

Ya estaba entrado en edad. Al nopoder sujetarse a los nuevos tiempos, eldirector para el diario que trabajó porcasi 50 años, le hizo un regalo: "Podrásseguir escribiendo tus notas desde la co-modidad de tu hogar. Te obsequiaremos una de esas máquinas de escribir que tanto amas y así no te veras en lanecesidad de tener que seguir viniendoal periódico" fueron sus palabras.

Don Elpidio se oponía a este ofrecimiento, a pesar de sus 75 años, y deque ya se merecía un buen y ganadoretiro. El amaba la redacción del diario,escuchar los comentarios de los colegas, ver crecer a los nuevos aspirantes,ver ir y venir uno que otro director. El periódico evolucionó ante sus ojos, pero elamaba la 'vieja escuela', como ledecía, del periodismo verdadero.

Varias veces fue llamado al despachodel director. El insistía en seguir ocupando el viejo sillón que le acompañópor muchos años, próximo a los talleresde impresión, a unos pasos del archivo,en aquella salita que el tiempo habíaolvidado. Pero una de esas tardes,cuando salía de la oficina de su jefe directo, atravesaba con el paso yacansado por los años toda la redac-ción; iba, en cada paso, observandoaquellos monitores que parpadeabanpara parir un verso, fijo su mirada enaquel recién graduado que buscabaen Internet material para sustentar su re-portaje; abrió los ojos, se llevó a sus viejos lentes al lugar correcto con eldedo índice, como solía hacerlo cadavez que estos se deslizaban por su nariz.

Miró hacia atrás, lentamente, con sucabeza cabizbaja, alguien recibía lla-mada por un moderno celular al tiempoque redactaba una nota. Fue entoncescuando comprendió, que aquel espa-cio que tanto amó, ya no era su lugar.

Siguió caminando. Bajó las escaleras,algo triste, y se marchó. No antes sin observar aquellos lujosos vehículos de loscolegas que dejaba detrás, estacionados a la sombra. Comprendió, en aquelinstante, que no sólo la modernidadhabía cambiado la manera de hacerperiodismo, y se dijo para

sí: Ya escribirsobre la verdad tiene precio.

Diez años pasaron desde aqueldía en que el corazón de Don El-pidio se había quedado desechoen pedazos, suspirando por aquellosviejos tiempos. El, ya estaba convencidode que nada era igual, así pues, queatrapado en su propia pasión, y conayuda de su esposa, recreó en unahabitación de su casa, su vieja oficina.

Montañas de periódicos amontonados,que estrechaban el lugar, dejando unespacio tan minúsculo que apenas sepodía caminar. Al fondo, a unos diezpasos, y debajo de una vieja lámparaque colgaba de la pared, el pequeñoescritorio de caoba, con el espacio suficiente para colocar la taza de café, laadorable máquina de escribir y algunaque otra libreta pequeña de las anotaciones.

En ese tiempo, Don Elpidio se ató enaquella rutina, como deseando no des-10ertar jamás y quedarse perpetuo enese rincón que tantos recuerdos le traía.

Ya no sabía si era el sonido de sumáquina de escribir, o el olor de aquellos periódicos envejecidos como él; o elaroma de aquel café mañanero, quecolocaba encima de la mesa su esposa, al igual que los periódicos del día.

Una mañana, después de hacer larutina de los últimos diez años: recogerel periódico, colar el café, colocarlosobre aquella mesita de caoba, enaquella habitación a media luz, darle unbeso en la frente a su esposo y desearlebuena suerte con su nuevo artículo,doña Ramona, la esposa de Don Elpidio, caminó a la cocina, a limpiar lostrastes de la cena de la noche anterior.

Desde allí, y cada mañana, escuchabael sonido de aquella máquina de escribir retumbar entre los periódicos unnuevo poemas de su esposo, (porque para Don Elpidio el periodismoera eso, poesía), ya era melodía parasus oídos y en cierto modo ya lo habíahecho parte de su vida.

Pero ese día algo pasó, un sonido envolvente, no se escuchaban las teclas golpear el papel. Fue extraño laperpetuidad de aquel silencio. Así pues, que doña Ramona, con un vaso decristal a medio limpiar en la mano, caminó despacio a ver si algo sucedía. Sucorazón decía que algo extrañopasaba. Se asomó a la puerta, traslúcida. Observó aquella silueta que estaba no más de diez pasos de ella, enmedio de millares de viejos periódicos. Inclinado, con la cabeza caída y un brazo casi topando el suelo.

El vaso de cristal cayó de aquella manosin permiso alguno. Y la mano, involuntariamente se acercó a los labios dedoña Ramona, como queriendo hacerle guardar silencio y no llorase. Seaproximó a su esposo. Observó

detenidamente el escenario, como contemor a acercarse, o más bien sinfuerzas para hacerlo. Don Elpidio sehabía marchado. Los ojos de doña Ramona se llenaron de lágrimas y sollozapudo leer lo que Don Elpidio habíacomenzado a escribir aquella mañana,el titulo decía “El nido de las ratas”, ysólo eso.

Los preparativos para el entierro seelaboraron normalmente; algunosfamiliares, y algunos viejos amigos.

Ya caída la tarde todos dieron el últimoadiós a Don Elpidio. Muchos, los masapegados, regresaron del cementerio ala casa para hablar de algunas queotras ocurrencias del amigo que se fue.

Pronto, la viuda, quedó sola en la casa,su hija mayor le hizo compañía en loque quedaba del día y durante toda lanoche.

A la mañana siguiente la rutina de doñaRamona no rompió su ritmo, por lomenos en las cosas primordiales. Se levantó, en eso de las seis de la mañana,como todos los días, espero la llegadade los periódicos matutinos pararecogerlo y llevarlos a su lugar, o esoquería, porque lo intentó, pero ese díano pudo. A medio camino, antes de llegar a la sala de la casa, después decruzar el pequeño jardín que daba a la calle, se dejó caer con los diarios en lasmanos y lloró. Y entre lágrimas hizo loque nunca había hecho en los últimosdiez años, hojear las páginas de losmedios informativos que tenía en susmanos.

Buscó, y buscó y buscó. Se indignó, sellenó de rabia. De ira. Entre tantas páginas, entre tantas noticias sin valor, apenas, y al final de uno de ellos,precisamente para el que Don Elpidio lehabía dedicado toda su vida, encontróno más de un cuarto de página con lanoticia del deceso de su esposo.

Secó sus lagrimas. Se puso de pies. Entróa la vieja habitación perfumada deviejos periódicos. En ella busco los últi-mos diarios que le había entregado ensus manos a su difunto marido. Buscó, ybuscó y buscó, y no encontró uno solode los trabajo enviados por Don Elpidio.

Buscó en más y en más, casi alborotótodo lo ordenado, y nada encontró.

Doña Ramona tomó el informativoque había recibido esa mañana,ese que tenía el cuarto de página con la noticia de la muerte de Don Elpidio, e hizo una visita. Fue justo aldespacho del director de aquel diarioque su esposo amaba tanto. Y reclamó:"Mi espeso le dedicó toda su vida a esteperiódico (decía su envejecida voz) ¿cómo es posible que apenas escribanestos dos párrafos para hablar de unhombre que le entregó tanto a estemedio? Prácticamente fue de los fun-dadores... el creó este periódico. ¿Creeusted que él se merece esto?"Pero la respuesta fue simple: "Entiendoque esté molesta doña Ramona, yotambién respetaba y admiraba a su es-poso, fue

el mejor periodista con el quetuve el honor de trabajar, pero ya lostiempos no son los mismos. Hoy, pese aque contamos con toda la tecnologíadel mundo, el espacio en estos medios18s más limitado de lo que usted y yo podemos imaginar".

Con la cabeza en alto, y algunas lágrimas en los ojos, doña Ramona salió deaquella oficina sin mirar atrás. Ya teníaclaro lo que tenía que hacer, y no dudoun segundo para ello.

A la mañana siguiente, y como esde costumbre, el director deaquel medio se sentaba en sudespacho a leer todos los diarios delpaís, (es una rutina de los directores demedios). Al hojear un poco, notó un reportaje completo de dos, tres y hastacuatro páginas de la vida de su viejocolega Don Elpido Báez. Todos los periódicos tenían un reportaje familiar,todos, menos el que él dirigía.

En ese mismo momento, y en aquellahabitación traslucida, con aquellamesita de caoba alumbrada por unalámpara que colgaba del techo, doña Ramona y su hija acomodaban los periódicos que al día anterior se habían desalborotados, al instante que la hija deesta preguntó: "¿Costo mucho dinerohacer la publicación que hiciste entodos esos diarios?" Doña Ramona contestó: "Un poco, pero valió la pena". Al instante su hija miró aquel lugar que es-taba adornado de viejos periódicos ycomentó: "Esto pronto se volverá unnido de ratas". Pero su madre repuso alsegundo: "Te aseguro, que las ratas máspeligrosas tienen sus nidos mucho máslujosos que este".